

carácter y la gravedad que el buen sentido le atribuye.» El más vivo de todos fué Thiers: «Creimos que se nos llamaba aquí para que emitiéramos nuestro parecer: de cís que vuestra resolución está tomada; sea: no por eso estamos menos obligados á manifestar nuestra opinión. Todos los partidos tienen sus hombres exagerados, lo mismo el vuestro que los nuestros, señor Presidente. ¿Qué hará la Asamblea? No lo sé; lo que sé, es que se sentirá lastimada.» Animándose en el calor de sus ideas, Thiers recordó lo que la mayoría había hecho por el presidente: «Cuando la ley sobre la dotación, fuí de banco en banco reclutando votos para el proyecto. Si la ocasión se presentase, sostendríamos otra vez al ministerio con la misma energía. Dicen que Changarnier conspira; si algo se le puede reprochar, es que no se entrega á nadie.» A estas palabras, Luis Napoleón interrumpió con una vivacidad que no le era habitual: «Sin embargo, el general ha dicho que se encargaba de llevarme á Vincennes.—¡Ah!, señor Presidente, si nos entretuviéramos en recoger todas las habladuras de los pasillos, ¿qué no diríamos?»

El príncipe escuchaba los consejos con una impaciencia sólo comparable á su obstinación en no seguirlos. La entrevista, cordial al principio, había adquirido un tono casi amargo. Los diputados se levantaron. En el momento de retirarse, en pie, agrupados en torno del presidente, hicieron el último esfuerzo, pero sin resultado. Luis Napoleón, aunque emocionado, se mostró inflexible. En cuanto á los jefes de la mayoría, salieron del Elíseo irritados y afligidos á la vez: irritados de la ofensa hecha á la Asamblea y afligidos por la ruptura que iba á resultar (1).

Al día siguiente, el derrocamiento de Changarnier fué consumado. No le destituyeron, pero su mando fué dividido: nombróse al general Baraguey d'Hilliers comandante de la primera división militar, y al general Perrot comandante de la guardia nacional. Al mismo tiempo, el *Monitor* anunció la formación de un nuevo ministerio. Los Sres. Drouyn de Lhuys, Regnaud de Saint-Jean-d'Angely, Ducos, Magne y Bonjeán reemplazaron respectivamente en los departamentos de Negocios extranjeros, Guerra, Marina, Obras públicas y Agricultura, á los Sres. de la Hitte, Schramm, Romain-Desfossés, Bineau y Dumas. Las carteras de la Justicia, del Interior, de Hacienda y de Instrucción pública continuaron en manos de los Sres. Rouher, Baroche, Fould y Parieu. ¡Cosa singular!, los miembros más importantes del último gabinete figuraban en la nueva combinación. No habían depuesto el poder más que para volverlo á tomar en seguida. Ello hubiera causado asombro, si tal cúmulo de extrañezas no hubiese embotado la curiosidad y cansado á la misma sorpresa.

## VIII

Con el mensaje del 31 de octubre de 1849, el presidente había roto con las tradiciones parlamentarias: destituyendo á Changarnier, rompía con el propio Parlamento.

Las impresiones fueron diversas. En la pequeña burguesía, entre la cual circulaban mucho los periódicos

(1) Barrot, *Mémoires*, tomo IV, págs. 232-341. Apéndice.

del Elíseo, la aprobación fué más viva que la censura. Lo mismo aconteció entre los hombres de negocios: la Bolsa subió: como para marcar bien, en medio de todas aquellas fluctuaciones, la estabilidad del crédito público, el ministro de Hacienda escogió aquel momento para rebajar un medio por ciento el interés de los bonos del Tesoro. En las clases elevadas, por el contrario, las gentes se asustaron é irritaron. La Asamblea, sobre todo, se conmovió. La caída de Changarnier le pareció una amenaza á su seguridad y casi un atentado á su honor.

Las cóleras hicieron explosión. El 10 de enero, Rémusat subió á la tribuna: «Señores, dijo: después de los actos graves y extraordinarios que el *Monitor* de hoy ha anunciado á Francia, esperaba yo que los ministros, siguiendo, una vez más, la costumbre de todos los gobiernos representativos, vendrían á explicar en esta tribuna por qué se hallaban en esos bancos.

»Esperaba yo que explicarían por qué, después de una dimisión que no me explico, acababan de reformar una administración que no me explico tampoco. (*¡Escuchar! ¡Escuchar!*)

»A falta de esas explicaciones, es preciso que la Asamblea hable (*Aprobación*), es preciso que rompa un generoso silencio que ha durado demasiado.»

Baroche se levantó para contestar. Limitóse á decir que la política del gabinete sería la del mensaje del 12 de noviembre; que hombres serios y recomendables habían sido reemplazados en los bancos ministeriales por otros hombres no menos serios y no menos recomendables. A esas anodinas declaraciones añadió sus protestas ordinarias de rectitud y lealtad. Desgraciadamente, el ministro del Interior había repetido ya varias veces el mismo discurso, de modo que su autoridad, antes muy grande, se había debilitado un poco. La derecha en masa y parte de la izquierda escucharon con impaciencia al orador, que ya no inspiraba confianza; en la extrema izquierda reinaba un silencio glacial; sólo en el centro encontró algunas aprobaciones el lenguaje ministerial. Berryer, con su elocuencia ordinaria, y Dufaure, con su claridad incisiva, reivindicaron los derechos del Parlamento. El general Bedeau aún fué más vehemente: «En Satory estallaron clamores sediciosos. ¿A quién se ha castigado? ¿A los que gritaron? No; al general Neumayer, que recordó los reglamentos. El general Changarnier rinde homenaje á la Asamblea. ¿Qué sucede? Al día siguiente se le destituye.» En vano Baroche volvió á tomar la palabra; en vano le ayudó Rouher: sus protestas irritaban, en vez de apaciguar. Rémusat presentó la proposición que había anunciado al principio de la sesión y que consistía en el *nombramiento de una comisión encargada de preparar las medidas que las circunstancias requiriesen*. A pesar de la oposición de los diputados del centro y á pesar de la abstención de una parte de la Montaña, la proposición fué votado por 330 votos contra 273.

El ardor de los discursos, la animación de los rostros, la intensidad de los temores ó de las iras, sobre todo el carácter vago y amenazador de la resolución votada, todo anunciaba una de esas grandes batallas en que quizá sucumbiría uno de los dos poderes. «La comisión, según decían, iba á transformarse en comité de salud pública. Corrían vientos de acusación contra el poder ejecutivo.» Así hablaban los representantes diseminados

por los pasillos, en la embriaguez de su propia elocuencia ó de la elocuencia de sus amigos. Pero los que así hablaban se hacían ilusiones sobre su poder. La Asamblea legislativa amenazó siempre sin herir jamás. Y aquella mezcla de irritabilidad y de impotencia nunca se manifestó tanto como en los acontecimientos que referimos.

Tan pronto como los representantes se reunieron por secciones para elegir los miembros de la comisión, estalló la divergencia de miras. Señaláronse claramente cuatro partidos. Había el partido del Elíseo que afirmaba el derecho constitucional del príncipe y opinaba que nada absolutamente debía hacerse. Al extremo opuesto había el partido de los alarmistas que pedían confusamente una política de energía y que reclamaban una información, un manifiesto al país ó una nueva y solemne afirmación del derecho de requisición directa. Entre estos dos partidos había dos grupos intermedios, el de los moderados de la izquierda y el de los moderados de la derecha. Estos dos grupos tenían también ideas opuestas. Los moderados de la izquierda, como Bixio, eran partidarios de un acto de hostilidad contra el poder, pero se negaban á todo testimonio de gratitud para Changarnier; los moderados de la derecha, como Montalembert, juzgaban, por el contrario, oportuna una manifestación en favor de Changarnier, pero se oponían á un voto de censura contra el presidente y hasta contra el gabinete.

La elección de la comisión resintióse de aquellas incertidumbres. La comisión contó en su seno hombres de todos los partidos. Empezó por pedir la publicación de las actas de la Comisión permanente; publicación que fué votada con el asentimiento del ministerio. Cuando llegaron á las *medidas que convenía tomar*, el apuro fué grande. Finalmente se propusieron dos resoluciones: primera, una orden del día de desconfianza contra el ministerio; segunda, un testimonio de gratitud para Changarnier. Era bastante para manifestar los sentimientos de la Asamblea; pero se distaba mucho de aquel *comité de salud pública*, de aquellos rumores de acusación, de aquellas decisiones enérgicas que se habían anunciado al principio; y, para llegar á una conclusión tan modesta, hubiera valido más no desplegar desde luego tan fastuosa hostilidad.

Aquella resolución, además de ser muy modesta, no era del todo sincera. Si alguna responsabilidad estaba en juego, era la del presidente; y tan sólo se hería al gabinete, como si la ficción de la irresponsabilidad real no estuviese destruída desde hacía mucho tiempo. Claro es que no podía elevarse la censura á más alta esfera sin provocar un terrible conflicto; y, desde este punto de vista, semejante reserva no dejaba de ser patriótica. ¿Por qué, pues, el celo del primer momento? El mejor modo de dar alientos á los adversarios es hacer alarde de propósitos belicosos para dejarlos decaer y degradarse.

Aquella revancha de la Asamblea quedó aún reducida á menores proporciones. Abrióse los debates públicos. Oyéronse maravillosos discursos. Prodigáronse al príncipe y á sus consejeros las verdades más duras, y aquellas censuras, ora ingeniosas, ora despreciativas, unas veces sangrientas y otras irónicas, fueron acentuadas por los aplausos de la derecha y de la izquierda. Rasgóse el velo de los peligros, de las humillaciones

del porvenir, y la perspicacia en preverlos igualó á la impotencia para conjurarlos. Julio de Lasteyrie recordó con una elocuencia que no guardó contemplación alguna los incidentes de la suspensión de la Cámara. Berryer, elevándose más, celebró con magnificencia las grandezas de la monarquía, y añadió con una clarencia profética: «Si esa mayoría se halla quebrantada, si se halla dividida, deploro el porvenir que le está reservado á mi país; no sé quiénes serán vuestros sucesores; no sé siquiera si tendréis sucesores: estos muros permanecerán quizá en pie, pero abrigarán legisladores mudos.» Thiers no fué menos preciso, ni menos sobrio en sus previsiones: «Hay actualmente dos poderes, el poder ejecutivo y el poder legislativo... Si la Asamblea cede hoy, pronto no habrá más que uno, y habrá cambiado la forma de gobierno. Desde ahora podrá decirse: ¡EL IMPERIO ES UN HECHO!» Changarnier asistía á aquellos debates que su destitución había ocasionado, pero que, á fuerza de generalizarse, se alejaban un poco de él. También él hubiera querido tomar la palabra. Pero no es cómodo intervenir en su propia causa. Changarnier salió del paso honrosamente: mostróse sencillo, breve, triste sin amargura, emocionado, un poco solemne como siempre, pero de una solemnidad justificada por la gravedad de las circunstancias. «Sólo quise que se ejecutaran las leyes; no favorecí á ninguna facción; por esto los demagogos y los partidarios de la dictadura imperial han concebido contra mí odios irreconciliables que, para honra mía, sobreviven á mi caída. Señores, mi espada está condenada á un reposo al menos momentáneo, pero no está rota; y si un día el país la necesita, la encontrará muy resuelta y no obedeciendo sino á las inspiraciones de un corazón patriótico y de un espíritu firme, muy desdenoso de los oropeles de una vana grandeza.» Así se desarrolló aquella discusión, tan pronto borrascosa como tranquila, y elevándose á alturas que no han sido nunca superadas. Aquella Asamblea estaba destinada á ofrecer al país más bien modelos oratorios que ejemplos políticos. Una vez agotados aquellos raudales de elocuencia, hubo necesidad de llegar á una conclusión. Negándose el partido del Elíseo á todo voto de censura, la derecha no podía reunir mayoría sino aliándose á la izquierda. Por su parte, la izquierda estaba dispuesta á desautorizar al ministerio, pero no á glorificar á Changarnier. De las dos resoluciones adoptadas por la comisión, se sacrificó la segunda, es decir, el testimonio en favor del ex comandante en jefe del ejército de París. El representante Sainte-Beuve propuso una orden del día que se reducía á una simple desaprobación contra el gabinete. Habiéndose unido republicanos y realistas en un voto común, la orden del día de Sainte-Beuve fué adoptada por 415 votos contra 286. Se humillaba bastante al príncipe para que se volviera irreconciliable, y no se le hería bastante para quebrantarlo.

Luis Napoleón no solamente no salía quebrantado del debate, sino que resultaba fortalecido. En realidad había dos vencedores: los montañeses que asistían con pérfida satisfacción á las divisiones de sus adversarios, y el presidente que se había desembarazado de Changarnier. Los verdaderos vencidos eran los miembros de la antigua mayoría; mayoría cuyos fragmentos disgregados iban en vano á procurar reunirse otra vez.

Para los que aún no habían perdido el recuerdo de las tradiciones constitucionales había otro vencido, y este era el ministerio; el ministerio que, después de ocho días de existencia, se hundía: pero nadie se preocupaba de ello, y Luis Napoleón menos que nadie. *Uno avulso, non deficit alter!* El presidente no necesitaba más que dependientes dóciles y laboriosos, y no careció de ellos. Después de algunas tentativas infructuosas formó un gabinete extra parlamentario, y en la formación de este gabinete tuvo acierto, pues eligió hombres distinguidos y honorables. Entonces aparecieron algunos hombres que, bajo el segundo Imperio, habían de adquirir celebridad: tales como Royer, nombrado ministro de la Justicia; Schneider, ministro de Agricultura y de Comercio; Magne, que siendo ya miembro del gabinete anterior, conservaba el ministerio de Obras públicas. Las carteras de la Guerra, de la Marina, del Interior, de Hacienda, de Instrucción pública y de Negocios extranjeros fueron confiadas respectivamente al general Randón, al contraalmirante Vaillant, y á los señores Vaisse, Germiny, Giraud y Brenier. En un mensaje, el príncipe dió á conocer que gobernaría con aquella nueva administración hasta que la mayoría se reconstituyese. Algunos de los representantes más apasionados se indignaron de que el ministerio hubiese sido elegido fuera del Parlamento, y vieron en aquella exclusión una nueva amenaza para el porvenir. La mayor parte de ellos, desanimados, algo escépticos, cansados hasta de sus cóleras, renunciaron á indignarse ó á sorprenderse y acogieron con una indiferencia desdeñosa á los nuevos ministros que la casualidad les deparaba.

## IX

Abrióse un largo período, lleno de confusión, de incertidumbre y de anarquía, no material, sino moral. Aquella desdichada Asamblea sentía hundirse el terreno bajo sus pies. Ya estaba dividida en tres fracciones: la derecha realista, el partido del Elíseo y la Montaña. Había perdido al general cuya espada le servía de salvaguardia. Además, la opinión se alejaba cada vez más de ella. Formábase entonces, en el pueblo y en parte de la burguesía, una corriente impetuosa que arrastraba hacia el absolutismo. La afición á la unidad que tanto se amoldaba con el temperamento francés, el prestigio del nombre de Napoleón, la fatiga de los trastornos, todo precipitaba aquella tendencia. Queríase ante todo tranquilidad: se tenía afán de silencio y de inmovilidad, como antes se había estado ávido de palabra y de movimiento.

Los representantes de la antigua mayoría eran demasiado inteligentes para no medir el peligro. En vano la ley les amparaba: ellos comprendían que la corriente de la opinión, minando desde hacía mucho tiempo todas las ficciones legales, acabaría por llevárselas. Aquellos peligros casi insuperables, claramente vislumbrados por su perspicacia, engendraba en ellos una disposición amarga, triste y altiva. Experimentaban aquellos arrebatos de irritabilidad nerviosa que denotan, no la fuerza, sino la debilidad; y los accesos en que se consumían aumentaban su propia impotencia. Todo se convertía en materia para interpretaciones maliciosas. Casi

siempre, las tentativas de conciliación, mal comprendidas, desfiguradas por la desconfianza ó la mala fe, no hacían más que ensanchar el abismo entre ambos poderes. En aquel duelo, Luis Napoleón tenía la doble ventaja de la sangre fría sobre el tumulto, del silencio sobre la palabra: y el país, juzgando por las apariencias, comparando la agitación del Palacio Borbón con el recogimiento del Elíseo, se acostumbraba cada vez más á ver en la representación nacional el foco de todas las intrigas, y en el príncipe, por el contrario, al soberano garante de la paz.

Un mes después de la destitución de Changarnier, un incidente proporcionó á las rivalidades á veces amortiguadas, pero nunca dormidas, una ruidosa ocasión de estallar. El 3 de febrero de 1851, el gabinete pidió un nuevo crédito de 1.800.000 francos para gastos de representación del presidente de la República. ¿Tan grandes eran los apuros del Elíseo que, para arbitrar nuevos recursos, se afrontaba el riesgo de una negativa desdeñosa? ¿Esperaban obtener de la condescendencia del Parlamento un nuevo sacrificio? ¿No se proponían más bien, en caso de una negativa, sacar partido de la humillación, presentando al príncipe como víctima en presencia de la opinión pública? Fueren cuales fueren las intenciones de Luis Napoleón, los sentimientos de la Asamblea se revelaron en seguida. La comisión nombrada fué hostil al crédito: nombró ponente al Sr. Piscatory. Si se quería decir la verdad con una franqueza clara, osada, casi brutal, no se podía elegir otra persona mejor. Piscatory empezó á rasgar velos, y en esto nadie le aventajaba. Ciertamente es que la causa de Luis Napoleón encontró un campeón elocuente en Montalembert, que deploraba más que nadie el fraccionamiento del partido del orden. Montalembert tenía poca fe en la monarquía y ninguna en la República: preocupábase ante todo de los destinos religiosos de su país, y creía que el príncipe, bien aconsejado, era tan apto como otro cualquiera para asegurarlos. Constituyóse en defensor del Elíseo, defensor desdeñoso, casi irónico, más protector que amigo. Era tal la irritación del auditorio, que Montalembert, el orador recientemente aclamado, no recogió más que murmullos, apenas compensados por algunos aplausos de los centros. Ninguna voz potente se elevó para contestar á Montalembert. Procedióse á la votación, y uniéndose la derecha con la izquierda, el crédito fué desechado. El Parlamento era victorioso, pero á costa de una nueva división entre los conservadores. La prensa bonapartista anunció una suscripción á beneficio del príncipe. Por medio de una nota breve inserta en el *Monitor* (1) Luis Napoleón la rehusó. En el Elíseo vendiéronse coches y caballos, y despidióse á una parte de la servidumbre, afectación de pobreza que engañó á algunos.

La Asamblea se aturdía con sus propias luchas. «No concederemos á Luis Bonaparte ni una hora de prórroga de poder, ni un escudo.» Tal era la frase que se oía en los bancos de la Montaña y á veces también en los bancos de los realistas. Lo mismo á la derecha que á la izquierda, parecía que rivalizaban en mociones insensatas. Entonces fué cuando Berryer pidió el reem-

(1) *Monitor* del 11 de febrero de 1851, pág. 434.

bolso de los cuarenta y cinco céntimos y Lagrange el de los mil millones de los emigrados. Las sorpresas de los últimos escrutinios habían desorientado todas las combinaciones. La confusión reinaba en todas partes. Los montañeses, fijos los ojos en el esperado vencimiento de 1852, se reservaban para aquella época temible: mientras tanto, acogían, ora con una desconfianza desdeñosa, ora con un péfido afán, las insinuaciones de los realistas que, después de haberles combatido á todo trance, unían á veces sus votos con los de ellos. Hasta los realistas estaban divididos: orleanistas y legitimistas se atacaban en sus periódicos. En esto, el nuevo aplazamiento de la proposición Cretón vino á acrecentar las disidencias entre ambas fracciones monárquicas. Los antiguos jefes parlamentarios diferían de actitud: los unos, como Berryer y Thiers, se abandonaban á su hostilidad contra el presidente; los otros, como Broglie y Molé, contemplaban con tristeza aquellas reyertas de los partidos. Algunos de los periódicos del Elíseo, ávi-

dos de distinguirse por sus violencias, atacaban la ley del 31 de mayo, arrastraban por el lodo el régimen constitucional, hacían votos por una especie de golpe de fuerza, y sus temeridades asustaban á los diputados del centro, favorables sin duda al príncipe, pero enemigos de tales audacias. Mientras tanto, Luis Napoleón se apoyaba en aquel desbarajuste para conservar su ministerio extra parlamentario, y aquel mismo gabinete, inhábil para la política, sin autoridad y sin arraigo, era incapaz de apaciguar ningún disenso, ni de reunir fuerza alguna en torno de él. Para completar este cuadro, había algunos representantes, como Daru y León Faucher, que iban de banco en banco esforzándose con más ardor que éxito por reformar los lazos rotos de la mayoría. Así se consumían en rivalidades estériles la fuerza y la actividad de la Asamblea. Y en medio de aquellas disputas, se alzaba una cuestión que preocupaba cada vez más al país: la cuestión relativa á la *revisión de la Constitución*.